

## Notas de vida<sup>17</sup> Un rostro y un nombre

*Aquí canta un caminante  
Que muy mucho ha caminado  
Y agora vive tranquilo  
Y en el Cerro Colorado*

Atahualpa Yupanqui, un gesto obstinado que atraviesa generaciones. La cara impávida usurpada a las piedras, un mestizo con la guitarra entre los dedos, solo, el traje negro en el escenario. Abre la boca y la voz ronca agita el polvo de la sangre. Un canto sobrio y firme vuelto reclamo sobre nuestros rasgos. Su música, desprendida del viento, invita a escuchar tu propio destino de peregrino. Puestos a vivir en “la tierra de uno”, Atahualpa se vuelve camino por el que, alguna vez, nos buscamos.

*Para junto al camino  
Piedra Sola  
¿Qué vientos te derribaron  
de la cumbre?  
[...]  
¡Qué bien cumples tu destino!  
Piedra Sola,  
¡Cómo quisiera tu fuerza  
para mí...!*

Parada junto al camino, piedra sola, parado junto a la piedra, Atahualpa. Se planta en el paisaje e invita a un viaje de escuchas que resuena en el silencio, nos llama a transitar la hondura del arenal y la baguala, convida yaravíes, milongas, poemas, zambas, estilos, relatos, chacareras... todo amasado como tan lindamente dicen los quichuistas: *sonko puyumpi* / en el corazón, más adentro.

¿Cómo se convirtió este hijo de un empleado del ferrocarril en el hombre-folclore<sup>18</sup> de la Argentina? ¿Cómo mudó Héctor en *Atahualpa*, Chavero en *Yupanqui*? ¿En qué palenques se apoyó la leyenda de este criollo de *pata en el suelo*, con *antepasados en cuatro provincias y con indios misturao*?

### Una pampa mítica

---

Cosas de campo. Las comadres vieron la panza de Higinia y le aconsejaron

<sup>17</sup> La presente nota poética es una adaptación de “Narrarás, Yupanqui”, guion para el tributo artístico presentando el 16 de julio y el 17 de septiembre de 2022 en el Museo de Arte Escenográfico “Botica del Ángel” (USAL), en ocasión de los 30 años del paso al silencio de Atahualpa Yupanqui. Es un intento por recuperar su gesto de vida en diálogo con canciones y fragmentos de Piedra sola (1941), *El canto del viento* (1965), *El payador perseguido* (1972) y *La capataza* (1992) (resguardados en la Biblioteca La Capataza, en **Colección Yupanqui 313, 842, 924 y FOLK YUP 62**, respectivamente).

<sup>18</sup> Expresión propuesta por Sergio Pujol en su libro *En nombre del folclore: biografía de Atahualpa Yupanqui*. Buenos Aires: Emecé, 2008. En la Biblioteca La Capataza **FOLK YUP 11**.

que se fuera hasta la vieja posta, la estancia Campo de la Cruz. El niño ya estaba por nacer. Lluve. Es el último día del mes de enero de 1908, llueve y la mujer da a luz a su segundo hijo, Héctor Roberto Chavero. Cuentan que tanto llovió en esos días que el recién nacido debió atravesar lodazales hasta llegar al registro civil de Pergamino. Cosas, cantos de campo...

*Tu sueño viene llegando*

*huahuita*

*por el camino.*

*Tu sueño viene cantando*

*como los ríos...*

*[...]*

*Tu sueño viene cantando*

*Huahuita*

*por el camino,*

*y hasta los vientos del cerro*

*quedan dormidos...*

La infancia en su pampa mítica. Dicen que Héctor Roberto Chavero primero aprendió a montar en pelo y luego a hablar, que la mayor de sus aventuras era galopar a campo abierto en su petiso Azúcar, hasta el paisaje profundo, con su tata José Demetrio, y almorzar con el Cacique Benancio.

El pequeño crece, se cuela en las guitarreadas y se entreteje a la peonada. De ella oyó *que las penas se curan con grasita de iguana macho mezcla'ita con yerbabuena*. Ella susurró en sus orejas coplas y refranes, *no te metas en los montes si no ha salido la luna...* Cuentan que en una siesta lo tomó el metejón por la vihuela, y que un giro del paisaje le entregó el pulso de la tierra: el ritmo en la polvareda, el canto de los dedos y el rasgueo, afinar como lo dicta el silencio, afinar como el paisanaje la 6ª en Re o la 5ª en Sol.

*nunca se buscó dotor*

*pues se curaban con yuyos,*

*o escuchando los murmullos,*

*de un estilo de mi flor*

Un solo maestro de guitarra, “el negro Almirón” *quien le enseñó a poner los dedos y hacerse cóncavo para anidar las palomas con sus nidos...* Un año de estudio formal, luego todo fue escucha, tiempo. Y un guitarrear hasta el desvelo.

### **Tamborcito calchaquí**

A los diez años conoce Tucumán, *el lugar de las zambas más lindas de la tierra*, y queda embelesado con los sonidos nuevos, sonidos que no registraba en su pampa larga y de estilo sobrio. El violín, el bombo, *ese instrumento que imita la respiración jadeante de la tierra cansada de dar frutos*. La entraña tucumana, el Valle Calchaquí. Todo alborota el asombro incesante de Héctor, una naturaleza exuberante y el idioma de una raza antigua...

*¡Sonko Sonkito!*

*¡Munay munanki!*

*Que en ti no prendan  
las soledades.*

Está en el valle y es la hora de la siesta. Se siente atraído por un sendero desbordante de naranjas. Va por ellas, pero el camino esconde una sorpresa: el rancho del indio Anselmo. Queda impactado. Ve en él los rasgos de su propia cara, se hacen amigos y aprende que hay un idioma escondido dentro de su idioma: vincha, yapa, choclo, chinchulín. Unaymanta noqa amuni / yo vengo de la demora; sonqoykipi kawsani / vivo en tu corazón... ¿Entonces hablamos en quichua sin saberlo?

*El tonto Kushilo<sup>19</sup> viene por la senda.*

*El bolsillo llenito de pigras.*

*Los changos lo llaman,  
y cuando él se allega salen disparando  
de mientras Kushilo mirando se queda...*

*De a ratos se ríe con la boca abierta  
y sigue tranquiando con sus pieses planos,  
mesmito que arando la tierra.*

*Y todo se burlan,  
¡y a mí me da pena!*

Tucumán fue un mojón simbólico de vida, quizás porque allí vivió los últimos tiempos de felicidad familiar, antes de que una pena rasgara aquella niñez acunada a espuela y vidala. Un tiempo después, y ya instalados nuevamente en Junín, José Demetrio Chavero, su tata baqueano de las pampas, su tata protector y portador del criollismo cabal (sobriedad, silencio y elegancia), el tata ferroviario del que heredó los ancestros españoles y aborígenes, se quitó la vida dejándolo a sus catorce años como el varón responsable de la familia<sup>20</sup>.

*Yo tengo una pena antigua...  
inútil botarla fuera.*

*Y como es pena que dura,  
yo le he llamado la añera.*

Con la infancia arrebatada de un golpe, Héctor se arrojó a la lectura de los libros de su padre. Dos de ellos contaban la historia de los incas. Lo impresionaron...

<sup>19</sup> Diminutivo del nombre José en quichua.

<sup>20</sup> Atahualpa recuerda la muerte de su padre en carta a Nnette del 16 de noviembre de 1972: "Ayer 15 no salí de mi casa, porque se cumplían 50 años de la muerte de mi Padre, y esa figura, para mí, sigue siendo sagrada, muy especialmente. Puse unos discos de Bach, algún clavecín, Vivaldi..." [documento 1.2.1\_19721116\_49a]; y en carta a Nnette seis años más tarde: "Ayer, 15 de noviembre, fue un aniversario más del gran silencio de mi padre. Lo he sentido intensamente. Para mí, no pasa ese tiempo. Todo está como detenido. Cada día amo y respeto más a mi Tata. El sentido del honor, lo justificó yéndose. Eso se llamaba, un hombre. Un hombre de verdad. Que no se repite; y su bondad, su criollismo profundo, su alma libre, es el ejemplo que no conozco en otros. Algún día hablaré a Coyita del abuelo que tuvo, de lo que dio, de lo que sacrificó, de lo que sembró. Y me conmuevo aún, recordando cuánto me quería. ¡Qué amigo perdí! Jamás tuve un amigo parecido" [documento 1.2.1\_19781116\_copia].

era verdad aquello que contaba el tata... el quichua santiagueño era el mismo idioma que hablaba Atahualpa, el último Inca, el mismo idioma que le había enseñado el indio Anselmo en Tucumán... Otra vez la fascinación. Buscó sentidos en el quichua para forjar su identidad: el tata ahora ausente se agiganta en la raza dolida que se espejaba en su cara. Entonces jugó con las palabras y anheló un destino: *ata/ venir, hu/ de lejos, allpa/ tierra... Atahualpa/ la tierra que viene de lejos; Yupanqui/ narrarás... Atahualpa Yupanqui, narrarás la tierra que viene de lejos... ese podría ser su nombre si alguna vez...*

### Camino adentro

A los 20 años hace un viaje iniciático al norte del país para conocer su música, ritos, costumbres y sus trabajos que llegaban desde *la yema del monte para arraigarse en pueblos de una sola calle larga*. Entonces el joven Héctor, es decir, *Atahualpa Yupanqui*, asumió un nombre, se mezcló entre los kollas y campesinos, y fue uno más en sus rondas y ceremonias íntimas. Su juventud fue una tierra sedienta de canto popular, un peregrinaje tenaz allí, donde las voces de las tradiciones se entregaban rústicas, como recién nacidas de una grieta antigua, a su escucha que todo lo absorbía. Los paisanos de la infancia, los kollas de la juventud, los cantores provincianos que conoció en los arrabales porteños, las ávidas horas de estudio en la Biblioteca Nacional y los sonidos que aprendió en las rondas, camino adentro, comenzaron a resonar en su guitarra de una manera personalísima.

### Alhajita, su canto

*Siempre andoy por todas partes, siempre vuelvo a Tucumán*, dirá en los escenarios del mundo. ¿Por qué Atahualpa amó tanto a Tucumán? ¿Porque el recuerdo infantil quedó abrojado en sus deseos? ¿Por qué ya adulto lo embelesó su vida intelectual y pudo aprender de los mejores folcloristas, etnólogos y arqueólogos de la época? ¿Por su amistad con el indio Chocobar de Amaicha del Valle?

*Yo soy de arriba  
Soy del Cochuna...  
Ranchito monte y río  
Soles y luna, palomitay...!*

*Hasta Alpachiri,  
voy los domingos  
Y por la noche al cerro  
Vuelvo solito, palomitay...!*

*Ay, viajera!  
El alba asona  
Trayendo de los cerros  
Frescor y atoma, palomitay...!*

Algunos cuentan que, en el Tucumán de los años 40, con solo silbar un compás de “La viajera” se entraba a la casa de Yupanqui; que, en los ingenios, los obreros

esperaban los recitales que daba junto al joven Falú de 18 años; y que los zafreros lo recibían *con sus guitarras mal encordadas, y las hilachitas de una esperanza*. Hermanado a las penas y alegrías de quienes le dan cuerpo a lo anónimo, Yupanqui se fue volviendo folclore, alhajita en los ranchos, su canto...

*Allá en los cañaverales  
cuando la noche viene llegando  
por entre los surcos se ven de lejos  
los tucu-tucus de los cigarros.*

Una certeza: el indio Santiago Chocobar no solo le entregó la hondura de la baguala y el habla del valle, sino que fue el amigo que le plantó los horcones para su rancho en Raco, donde vivió ochos años. Yupanqui cabalgó Tucumán a su estilo, haciendo de sus caminos infinitas llegadas. Entonces entre los detenimientos propios del amor, alumbró su luna buena...

*Ay lunita tucumana  
Tamborcito calchaquí  
Compañera de los gauchos  
En las sendas de Tafí*

### **Galopiadador contra el viento**

El camino también trae cerrazones, y Atahualpa fue un *galopiadador contra el viento*. Los períodos dictatoriales en Argentina y las consecuencias de su carta “¡Hermano Kolla!”<sup>21</sup>, denunciando los dramáticos hechos soportados por el “Malón de la paz”, lo empujaron, huidas, prohibiciones y... torturas...

*Aunque mucho he padecido  
no me engrilla la prudencia.  
Es una falsa experiencia  
vivir temblándole a todo.  
Cada cual tiene su modo;  
la rebelión es mi cencia.*

Pero el canto de Yupanqui encontró atajos por donde guapear la senda, por estos cerros o por otros. Y si de las persecuciones pasó a la ovación rotunda “al indígena argentino” de la mano de Edith Piaf en París (1950), las posteriores censuras lo convirtieron en el caminante del mundo. Yupanqui tenía un decir tan antiguo como el mismo folclore, fue árbol lleno de coplas, echadas a rodar, hasta donde lo quiso el viento...

*Aunque canto en todo rumbo  
tengo un rumbo preferido.  
Siempre canté estremecido  
las penas del paisanaje,  
la explotación y el ultraje  
de mis hermanos queridos.*

---

<sup>21</sup> Diario *La Hora* (1 de septiembre 1946), p. 6-7.

Hasta el final de sus días<sup>22</sup> alternó entre la censura y la magia que los caminos siempre ejercieron sobre él; y si bien aseguraba que el *paisano es el que lleva el país adentro*, nunca soportó largos períodos fuera de Argentina, su profunda sed de caballo y monte; poncho y vidala provocaban sus regresos.

*Estimado Dardo:*

*Hace días recibí tus líneas, y te agradezco tus buenas palabras y tus felicitaciones. Me gusta mucho que a tu padre le haya satisfecho la música mía. Él es criollo, y por eso ha sentido remozar la sangre gaucha sintiendo los cantos del paisanaje de antes. Dile a Don Vicente que cuando yo regrese al Cerro, que será en Septiembre si Dios quiere, lo voy a comprometer para una ternera al asador, y la comeremos los dos, mano a mano, regándola con algún bien jugo de uva. [...] Te encargo mi rancho, Dardo. Date siempre alguna vueltita, y si Roque precisa alguna cosa, que saque de tu casa. Mis caballos, me dice Indolfo, están gordos. Ya llevaremos otros, y algún apero lindón. Tengo ganas de entreverarme en alguna cuadrera, y para eso tengo que preparar el cuatro patas y estar cerca de los talitas. Ya nos veremos por ahí. Yo no me olvido del Cerro ni de los buenos vecinos.*

*Con saludos a tu familia, se despide tu amigo:*

ATAHUALPA<sup>23</sup>

## Un vibrato sagrado

Y en estas tierras se replicaron gestos, costumbres y querencias de los abuelos. Esa sabiduría popular, anónima y oral es el hueso del folclore, que siempre es un retazo de humanidad en un retazo de mundo.

*Del cerro vengo bajando*

*Camino y piedra*

*Traigo enredada en el alma, viday*

*Una tristeza.*

Y cuando debo quedarme, *viday... Vidity. Vidady*. Quizás no tengamos palabras más mestizas que estas: las palabras españolas *vidita*, *vida* unidas al posesivo y del quichua: *viday/ mi vida*.

*Me acusas de no quererte*

*No digas eso*

*Tal vez no comprendas nunca, viday*

*Porque me alejo.*

Con “Piedra y camino”, comienza el andar de la zamba moderna y se rompen los moldes paisajistas y coloniales de la escritura folclórica, para introducir la introspección de la baguala. Como un respiro exhalado por el viento, el sentir antiguo, dolido, íntimo de los indios dagüeltea por las cuerdas de Yupanqui.

<sup>22</sup> Atahualpa Yupanqui falleció la madrugada del 23 de mayo de 1992, al volver de dar un recital en Nimes, Francia.

<sup>23</sup> Carta de Atahualpa a Dardo Ibarra, paisano de Cerro Colorado del 14 de julio de 1953 [documento 1.2.3\_19530714\_].

*Por más que la dicha busco,  
Vivo penando  
Y cuando debo quedarme, viday  
Me voy andando.*

¿Y no es la baguala un abismarse en la existencia pelada? ¿No es un silencio envuelto de sentido que percute en nuestra realidad única y última, al ritmo de la sola vida y la sola muerte continuándose al infinito? La baguala, ese golpe que echa una garganta siendo mera vidita entre las piedras, ese sueño lejano y bello lanzado al cosmos, respira en la obra de Atahualpa.

*A veces soy como el río  
Llego cantando  
Y sin que nadie lo sepa, viday  
Me voy llorando.*

La guitarra de Yupanqui se atrevió a un vibrato sagrado: rozar la entraña del mundo, se largó a los caminos sin estruendo, para narrar ese secreto que los abuelos atesoraron en el vientre del paisaje.

*Es mi destino  
Piedra y camino  
De un sueño lejano y bello,  
viday  
Soy peregrino.*

Aquella guitarra robada en la niñez a un vuelto, en el almacén de Fregosi, la vihuela que arrebató una travesura y debió esconder en un maizal para guapear el reto; esa guitarra pobre que llegó sin estuche al *hormiguero patiao* que era Buenos Aires... se volvió fruto porque fue resultado de una pasión, y porque sus dedos la pulsaron como aprendió en el Ande: con indagación y demora, con el gesto de la nostalgia y como huaca.

Entonces el hijo de José Demetrio se convirtió en alimento para nuestra memoria.

*Si yo le pregunto al mundo  
El mundo me ha de engañar  
Cada cual cree que no cambia  
Y que cambian los demás*

## Narrarás, Yupanqui

El pecho sobre la guitarra para anidar una música nacida en los arenales, entregada por el viento, nacida en las piedras, entregada por un minero en Yala, robada a los labios de la peonada. La cara *kichwa*, quebrada, ajada por los sonidos del monte, en el machetear de la selva entrerriana, huyendo, perseguida. Atrapada y... perseguida... El gesto sagrado: las manos replicando el galope de la tierra, la intimidad de la algarroba, las voces de la indiada, Anselmo, Benancio o Chocobar. Y un nombre desgajado de la sangre. Un nombre que fue destino: el reclamo mestizo clavado como espuela en las entrañas de Chavero. Narrarás, te dijo un adobe de pircas con sicuris y celestes, te dijo, narrarás, *yupanqui*, contarás los siglos del olvido, la raza con la piel de bronce, la yunga, las montañas, los sueños de los otros, la cara pampa adentro, *Atahualpa*, de nosotros. ¿De nosotros? ¿Somos tu rasguido golpeando el yuyo milagroso de la tarde, cuerpo en el cuerpo de tu canto? ¿Somos la piel de la baguala, la copla que el valle guarda en El Mollar, el infinito poncho de tu arriero? Sí. Tu yaraví sangra en el durazno al alba, partido en una orilla de la Cruz del sur, y no estás en el silencio, tu voz reza un *joy joy* desde el Tucumán amado, entonces bailo tu hechizo de sonidos, tu río de zambas y de querencias, y peregrino contigo la memoria de tierra el silencio de una patria que anda